

Una de las mejores comedias del género policiaco es, sin duda alguna, la que se estrenó en el Richmond Theatre, de Inglaterra, en el año de 1938 con el título de *Gaslight*, o sea *Luz de gas*. Los traductores españoles, quienes sienten verdadero deleite en no respetar los títulos originales de las obras, la publicaron con el de *La calle del ángel*, y los traductores de los títulos de las películas, más traidores aún que los editores, y más torpes si cabe, le pusieron a la cinta el nombre de *Luz que agoniza*, película que fue la primera de las pocas que tuvieron la desgracia de ser “dobladas” al castellano en el propio Hollywood, por lo que era una delicia escuchar a Charles Boyer decir: “¡Atiza, que me he pillao los dedos!”, o a Ingrid Bergman lamentarse de este modo: “¡Ay, Maninjám, sos un atorrante!” Esta diversidad de acentos se debía a que los geniales encargados del doblaje en los Estados Unidos llamaron actores de todas las nacionalidades. Por fortuna, el experimento fue rechazado por unanimidad desde Ciudad Juárez hasta la Tierra del Fuego, y las películas volvieron a verse con sus acostumbrados letreros en español puestos por Fortunat Baronat (no es mi culpa que así se llame) o por don Gonzalo de Palacio.

Pero volvamos a la obra de don Patrick Hamilton, o sea *Luz de gas*, de la que tampoco queremos hablar aquí sino por comparación, similitud, plagio o lo que sea. A pesar de sus cambios de títulos, la obra es magistral dentro de su género, y a pesar también de sus treinta y cinco años de vida, no ha envejecido. Como siempre hay alguien que quiere pasarse de listo, surgió una señora norteamericana que se dijo: “¡Mygodness, esta es una buena idea para cometer un fusilamiento!” y ni tarda ni perezosa elaboró una obra teatral semejante, aunque con ligeras variantes, como el de convertir a Mr. Manningham en la señora Elaine Wheeler y en cambiar la luz de gas que bajaba en intensidad, por una ventana, una caja de cerillos, una peluca, un ramo de margaritas, un salchichonero y otros elementos igualmente originales. Y también, claro está, escribiendo una pésima obra teatral policiaca, obvia, infantil, llena de trucos tan elementales que ni Ellery

Queen sería capaz de recurrir a ellos, y poniéndole el título de *Night watch*, que fue traducido por *Noches de angustia* (quizá sea un símbolo del traductor para indicar que las noches de angustia serían para el público asistente, aunque debió ponerle más apropiadamente *Noches de tedio*), pero que en realidad no es más que una *Luz de veladora*.

Al descorrerse la cortina asistimos llenos de encanto a un hermoso cuadro plástico de la década de los treinta, que es roto de inmediato al encenderse una cantidad de luz blanca deslumbradora que hace pensar que se asiste a una representación de la Comedia Francesa. Vemos a Amparo Rivelles (ay, Ampariño, con lo que yo te quiero, ¿por qué me das ocasión de criticarte cuando sólo deseo elogiarte?) vestida en una mezcla del siglo XIX y tehuana, lo que nos hace pensar que es una obra de época, pero no hay tal, sucede ahora mismo, en un departamento neoyorkino de la Quinta Avenida trasladado quizá por el genio de la lámpara de Aladino a la Calle 30, en medio de la pobreza y el abandono.

Después, todo puede suceder: que el marido de la señora Wheeler vaya a prepararse un *sandwich* a las recámaras del piso superior; que aparezca una ama de llaves misteriosa y tonta como la de *Rebeca*, que intenta cometer chantaje pero que después es buena como el pan; que la escenografía gire en cada cuadro pero sólo una parte de ella, pues los sillones del proscenio y los inenarrables tibores en sus nichos no se mueven jamás; que un policía culto diga que esa casa parece un museo sólo porque hay un Picasso con un marco dorado francés del siglo XIX y un Modigliani; que en el primer cuadro parezca que el edificio de enfrente está a varios metros de distancia, para que en el último cuadro lo veamos tan cerca que se puede tocar estirando los brazos; que permanezca la escena vacía, en penumbra, durante largos minutos mientras se escucha algo que quiere ser un pleito de gatos callejeros pero que parecían puertas sin aceitar, ladridos de perros afónicos y un jet supersónico. Es tan larga esa escena que una señora que estaba a mi lado comentó con "angustia": "¡Yo creo que ya se les olvidó que estamos aquí!" Después aparece la señora Wheeler transformada en el personaje de Don Pompeyo, de Abel Quezada, y retorciéndose unos imaginarios bigotes nos re-

vela el “sorpresivo” final, que estaba indicado por la dirección desde la primera escena de la obra.

Como muestra de humorismo involuntario, esta obra y su puesta en escena es elogiada, pero si se tiene en cuenta que actúa en ella Amparo Rivelles y que la dirigió don José Cibrián, la sonrisa malévolamente se vuelve un rictus de tristeza. No hay derecho humano ni divino a desperdiciar de ese modo el talento de una primera actriz como es Amparo, obligándola a ejecutar el mismo movimiento de sorpresa angustiada llevándose las manos a la boca y emitiendo un gemido cada vez que ve una peluca, una caja de fósforos, una ventana, un señor gordo, un prendedor, un ramo de flores y un vecino calvo. Por otra parte, sabemos que don José Cibrián está considerado como uno de los mejores directores escénicos en Buenos Aires, y sus temporadas pletóricas de éxitos durante más de dos décadas lo confirman. ¿Por qué entonces tantas y tantas equivocaciones, amén de un ritmo lento y pesado? Misterios del teatro que por fortuna entre personas de talento como Amparo y Cibrián se dan muy de vez en vez.

El marido que aparentemente está calcado de Mr. Manningham, lo interpreta Marty Cosens, un actor con infinitas posibilidades el día que lo dirijan bien. Esas posibilidades las demuestra a lo largo de la obra excepto en su escena final, que se sobreactúa como si estuviese interpretando una película de cine mudo con Lon Chaney. Virginia Gutiérrez no puede hacer nada en su ingrato papel y se limita a decirlo con naturalidad y lógica. Guillermo Zarur está muy bien en su vecino metiche que sólo le sirve a la autora para llenar espacio. Alicia Montoya bien en su ama de llaves alemana, lo mismo que Blanca Torres en su doctora y Gerardo del Castillo en su tonto policía. La escenografía de David Antón lujosa pero incongruente y con el increíble detalle de los sillones en primer término que no se mueven ni con un terremoto cuando debieron ir girando junto con el resto de la habitación.

Preferimos mil veces ver a Amparo Rivelles en *Dueña y señora*, en *Morena clara*, en *La enemiga*, que en estas obras que resultan a la postre más anticuadas, más aburridas, más inútiles y más malas que las mencionadas.

17 de septiembre de 1972